

BIBLIOGRAFÍA

IGNACIO ANDEREGGEN, *Hegel y el catolicismo*. Editorial de la Universidad Católica Argentina. Buenos Aires 1995. 480 páginas. ISBN 950-523-020-0.

Por diversas razones este libro de Andereggen aparece en un momento oportuno. Ante todo, pues la presencia del sistema hegeliano en el pensamiento católico de nuestros días parece haber llegado a una suerte de «punto de ebullición». Por otra parte, las relaciones de Hegel con el catolicismo, a pesar de haber sido entrevistadas ya durante el siglo XIX, constituían una faz de su obra que se había mantenido en una aletargada penumbra. Quizás a ello haya coadyuvado la extendida creencia de que Hegel habría surgido en la historia al modo del representante por antonomasia de la filosofía protestante, criterio éste auspiciado por dos motivos dignos de atención: por un lado, ha sido evidente el influjo notable de su pensamiento en la reformulación integral de la teología reformada propiciada por Schleiermacher y proseguida en forma orgánica por los mayores exponentes del protestantismo sucedáneo (Hermann, Harnack, Seeberg e incluso Bultmann y Barth); por otro, es innegable que la expansión del pensamiento hegeliano de la mano de la *Kulturkampf* ha fecundado en su entronización como la filosofía aglutinante de las tendencias pangermanistas que han batallado desde Bismarck en adelante. No por casualidad la figura de Hegel, ya desde el día de su muerte —el 14 de noviembre de 1831— ha emergido en Alemania dotada de la estatura de un prócer inspirador de la cultura ideológica que se iba imponiendo velozmente en su patria y aun fuera de ella.

Andereggen inicia su trabajo subrayando la importancia de la lección impartida por Hegel en 1827 sobre la religión cristiana, la última de las lecciones cuyo texto se ha preservado íntegro. Esta lección, incluida en las *Vorlesungen über die Philosophie der Religion*, trae una novedad decisiva que, a juicio de Andereggen, marca la quiebra del concepto cristiano tradicional de religión revelada: «Todo depende del espíritu mismo, y [...] cualquier “revelación” no es más que un descubrimiento de lo que ya estaba en el mismo espíritu, y no la recepción de la comunicación de “otra” verdad, superior al espíritu humano, o al espíritu en general» (p. 39). Se puede apreciar qué destino queda reservado a la fe a partir de una concepción tal de la revelación. Franz Anton Staudenmaier (1800-1855), probablemente el primer crítico católico del sistema hegeliano, ya había advertido la contraposición insuperable de este sistema y del catolicismo. Andereggen destaca la severidad de los juicios de Staudenmaier, precursor de la neoescolástica alemana, con respecto al basamento protestante de la secularización integral del espíritu cristiano propiciada por Hegel y, bien concretamente, «su amor por la Reforma y su odio al catolicismo» (p. 75). El autor encuentra en la visión hegeliana de los sacramentos católicos una confirmación de la inquina de Hegel contra aquello que implica la presencia de la Iglesia de Roma en este mundo. Las consecuencias morales de su impugnación del catolicismo han merecido de Andereggen un pronunciamiento inequívoco: «La preocupación original de Hegel es la refutación del modo de vida religioso-católico como tal, antes que el

desarrollo positivo de las determinaciones de la eticidad, que se inspiran negativamente en él» (p. 103).

Importantes las páginas donde Andereggen se interna en el estudio de la opinión de Hegel sobre la escolástica, ya que el pensador germano ha descubierto en ella la máxima expresión de la consagración de la razón humana a la especulación en torno de Dios (pp. 105-113). Pero, por la misma causa, la escolástica es objeto de una censura vehemente: la racionalidad teológica de los escolásticos incluye el vicio de haber afirmado enérgicamente la separación o la diversidad de Dios en relación con este mundo. De ahí que la admiración de Hegel del portento dialéctico de los maestros de las escuelas cristianas del medioevo tenga su contrapartida en la decepción que le suscitaba el rechazo acérrimo de todas las formas de panteísmo por parte de los mayores exponentes de la teología y de la filosofía escolásticas.

El autor no retacea la toma de posición frente al modo en que Hegel ha interpretado los dogmas capitales de la Iglesia, pues esta interpretación, distanciada de la auténtica fe en la revelación divina y acomodada a los intereses del propio sistema, no sólo fenece en una exploración superficial y meramente externa de la doctrina católica, sino que tampoco ha logrado aventar sus constantes tergiversaciones. La noción católica de transubstanciación, por ejemplo, halla en Hegel una hermenéutica tan inaudita cuanto desgajada del verdadero sentir de la Iglesia acerca de este punto de meridiana relevancia a los fines de captar la significación del misterio eucarístico. Todo ello lleva a Andereggen a concluir que «Es patente [...] a partir de la contraposición profunda de la doctrina moderna de Hegel con la teología católica, la *necesidad* de llegar al plano metafísico para no disolver la teología en una pura meditación antropológica de la cultura [...] Es claro el requerimiento intrínsecamente católico de discernir el “espíritu” de toda metafísica, sin aceptarla simplemente por su aparente condición de instrumento de comunicación cultural. Aparece así la necesidad de una metafísica que sea “realista” en el sentido de que *toque* la única realidad creada por Dios» (p. 182).

El trayecto teórico del pensamiento de Hegel permite suponer que el catolicismo le ha inquietado mucho más intensamente de lo que trasuntan las páginas dispersas de su literatura relativas a nuestro asunto. En la nota «Hipótesis sobre la evolución espiritual del joven Hegel» (pp. 439-469), Andereggen percibe en el desenvolvimiento de sus relaciones con el catolicismo algo semejante a la «noche oscura» de San Juan de la Cruz. Funda esta apreciación en las tribulaciones religiosas denunciadas en su sugerente carta al médico católico Windischmann y en los vínculos afectivos que ha mantenido con la joven Nanette Endel, también católica. Pero esta etapa tuvo su fin de un modo abrupto: «A partir del alejamiento consciente de Hegel respecto de la Eucaristía católica empiezan a vislumbrarse[...] los gérmenes de la dialéctica definitiva» (p. 465). En cierta manera, estas declaraciones del autor resumen la impresión que Andereggen se ha formado del drama religioso de Hegel: «El Dios de Hegel no es el verdadero Dios porque no es el Dios personal —la Persona de Jesucristo— con el cual probablemente se había encontrado en su juventud en concreto, y del cual se alejó refugiándose en un sistema de pensamiento cada vez más abstracto, y *por eso* cada vez más protestante, más luterano» (p. 468).

Este libro contribuye a esclarecer distintos aspectos descollantes entre todos aquéllos esgrimidos en la búsqueda reciente de un amoldamiento de la dogmática católica a los parámetros hegelianos, pero el autor ha demostrado con pericia la esterilidad de tal intento.